

Alfonso Calderón S. académico de la lengua

por Iván Robledo A.

Le conocía de nombre, en las torrenciales noches de serenata universitaria de Concepción. Junto a poetas como Aldo Torres Piza, inconspicuamente fallecido en medio de la esclafada londinense, De Chaven, un joven pintor y muralista de la localidad de Frisco. Era la voz de Tomasco. Una expresión vegetal de la Frontera. De este sur nuestro con sabor y magnificencia a Juvenio Valle, Belmar, de tantas más que el recuerdo atesora a veces con extrañable amplitud.

Como entonces, al correr del 48, sus primeras manifestaciones literarias. Minioyografías. Como acostumbraban los provincianos y los poetas pobres, a escribir necrosis modestas estrofas. Era como correr a pie descalzo, por entre piedras y riachuelos. O acortarse por las ciudades cercas del desierto. Nuestro equipaje, modesto y sin alfileras, estaba hecho de vocación.

Y luego el gran encuentro. En las aulas del Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile. Entre sonoras y malolientes paredes y salas de clases de aquel edificio de Alameda con Camilo. Y sus fatigas espeluznantes, compañeros de cursos superiores que habían hecho una profesión más, el permanecer por años y años, entre patios, libros, estanterías y paredes. Para constancia su historia. O la historia que ellos a su vez recibían. Los nombres de Neruda, Eugenio González, se estremecían a la de los profesores que nos dispensaban todo su saber y de paso nos aportaban, la historia viviente de las letras chilenas. Mariano Latorre, Ricardo Latcham, Juan Uribe Echeverría, Antonio Dadda, Rodolfo Oyar, Claudio Rosales, fueron nuestros maestros y nuestros guías.

Por mi compañero de banco. De charlas e inquietudes literarias.

Egresado, emprendió el vuelo a La Serena. Ejerció como profesor de Castellano y Letras en el Liceo Gregorio Condorez. Incursionó por ateneos y centros literarios. Colaboró en la página de EL DÍA. Fue poeta y narrador. Publicó libros. Describió la historia a su manera. Ha sido, recientemente, electo como miembro de la Academia Chilena de la Lengua. Un honor muy merecido. Su nombre, ALFONSO CALDERÓN SCAURITO.

AGRADEZCO a la Academia de la Lengua al invitarme a participar de sus trabajos. Mi ducto ni propio, he ido dejando en el camino algunos textos volanderos que debería llamar prefacios, destinados a no hacerse notar, siguiendo un espíritu orden de desaparición. Trémido, confuso, más bien intencional de tan triste que he sido, quisiera siempre evitar aquello que el padre Gracián denominaba "enfrías de caballo siciliano", que corresponden a los "sugetos de sola fachata", según el mismo nombre de religión, tan conocedor del paño en su arca y en las ajenas.

Mis primeras relaciones con el idioma español quizás tengan apoyo en la existencia de un personaje de mi infancia, el cura Arteche, tío de Miguel. Canonista de nota, armónico adicto del rapé, ceceante y tático malicioso, dueño de un pafuelo tan enorme como el Santo Sudario, enemigo jurado de la concepciónista, nos prodigaba brevísimos extráneos de sol a sol, o sea, desde la misa de seis a la novena, dándonos, en los intermedios, algunas vocaciones que más tarde leeríamos en Pereda o en Juan Valera.

A veces, con frío y algo de pavor, Miguel y yo, durante la misa, en la que cumplíamos el papel de monaguillos, no vacilábamos

le viajara con la plenitud y el nivel deseado. En la serena, que en don Gonzalo significaba entre cuanto decía más allá de la plaza, pedía: "¡Eche! sin renverías, hús. Que así como lo hacías no se va al cielo!" Cuarenta años. A cuántos seres no debo un amor por el idioma que se ha vuelto con el tiempo, una pasión verbal. Veo libros, libros y libros. Y entre ellos, por ahora, uno.

Debo a Hugo Silva Endicaz, mi ilustre antecesor, el conocimiento de la Ciudad de los Césares. Su libro Pacha Pulai me conmovió profundamente. Recuerdo muy bien. Tendría yo 12 años y vivía leyendo, lúcido en mi cama, pareciéndome a ese personaje de una historia del libro de frandés de Lenz y Omez, el cual, abandonado por sus amigos cuando aparece un oco de orongo, se tiende largo rato, haciéndose el muerto. El animal le ofende y parece susurrarle algo al lado. Dirá aquel a sus camaradas, más tarde, que el oso le expresó: "No te fías de un amigo antes de haberlo puesto a prueba en la necesidad". A mí leido, en el velador, un farol de café con leche y pan con mermelada de grosellas. Libros y más libros. El Jonabote o Enrique de Lagarde. La Janada, Castro Puma. Baqu Gato y Las minas del Rey Salomón.

Era invierno. El colegio permanecía cerrado y dividiéndose apenas entre los libros desolados de la plaza, parecía murmurar: "¡Ya es tarde, es muy tarde!" y yo sentía la angustia de las notas, de las lecciones. En mis oídos volaban pavonesos unos versos de Longfellow que habíamos memorizado: He stum, sad heart, and cease repining. Montañas de mi mundo, retiro el libro próximo, mi cama. Veo en la página. Sobre el tiempo y sobre el libro. Ya no había nada más que eso. Dejé sola, en la muralla, a Gad Russell. No supe de Von Paulus, en Stalingrado, ni de Rommel, en Tobruk; acepté, sin más, que los detectives ingleses eran así, y la lluvia caía interminablemente. Podía ver al teniente Alejandro Bello y la extraña y maravillosa ciudad, perdida en el interior de Andagasta, hacia la pampa, sin movimiento de mi cuarto. Sedentario por naturaleza, no deseé ir jamás a Montevideo o al Uruguay, ni a Chiriquí, con Miguel Strogoff, ni a Cristóbal, ni al centro de la tierra, ni siquiera al país de Oz. En un perpetuo viaje interior, usando la mente, no iba a parte alguna, salvo al cine o al estadio.

Tal vez yo haya querido ver como el esposo de la ciudad perdida, don Juan López de Barbadillo, a quien Hugo pinta como propietario de una "auténtica gallería de biblioteca", fugaz Homero de las serranías, instalado eternamente en un asiento de vagoneta y untando parsimoniosamente las plumas de parina en el tintero, llenando las cartillas con letra pequeña y clara, capaz de elevar al arduo paleógrafo del futuro.

Tal vez esa ciudad que todos buscamos no sea más que la tala de los bienaventurados, donde habrán de congregarse los amables, los muertos por amor, los que desampararon en naufragios, vuelos o expediciones, los que buscaron en los muros sin dar con la puerta de salida. En la subida de Taquadero, de Valparaíso, "junto a la gruta de las quebradas, donde las aguas alborotadas cantan un ton al son", nos espera Hugo Silva. Nos esperan los destellos de la Ciudad de Oro. El viaje es breve. Así sea.

Y en esta floritura, con una música desafiada como la del organito de "Petrochka", de Stravinsky, la Ciudad de los Césares gira y gira, se va desvaneciendo hasta convertirse en una historia que podría contar Alejo Caupentier. En los templos, reinan las gárgolas imprecisas, y las filigranas y volutas se confunden. Enredaderas de oro finísimo abrazan a los edificios, enmarcándose cautamente para impedirles la salida. Algun clérigo de misa y ota, señor del saqueo y gloria de los anales, se abismará de las posturas Melusinas, a las que llamará Pincayas, mientras de un citter a voces, con tono nasal, el "Discurso de los animales", de San Ambrosio.



ALFONSO CALDERÓN S.

La ciudad abre paso a la mística. Quizás sea el último viernes antes del Día de la Ira. Suena la campana de o o matizo, similar a aque-lla que hace 40 años, Miguel Arteche y yo toca-

bamos en otra ciudad mística. La Ciudad de los Césares se halla al alcance de todos, en la última visión. Y es ya una ciudad teológica, un recinto apocalíptico.

Alfonso Calderón S. académico de la lengua. [artículo]

FECHA DE PUBLICACIÓN

1981

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Alfonso Calderón S. académico de la lengua. [artículo]. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile